

El damero y la niña



No había nada, nada más que una cuadrícula enorme a ras de suelo. Si techo había, no se le distinguía; si paredes había, no se las vislumbraba.

El tablero, de un material pulido e inmaculado, resplandecía con destellos cristalinos. Los cuadrados que formaban su superficie alternaban entre el blanco diáfano de una piedra de cal, y el negro opaco de una roca de carbón.

Ni el más suave soplo de viento, ni el más leve susurro, ni el más liviano roce de tiempo llegaba a turbar el impoluto orden que reinaba en el espacio.

Hasta que llegó la niña.

Sus ligeras pisadas retumbaban como truenos, a la vez que resonaban como un vaporoso aleteo. En sus ojos, donde centelleaban los mil colores de una burbuja de jabón bajo el sol, saltaban chispas de curiosidad.

Se paró a unos pocos pasos del translúcido tablero. Su mirada se paseó por la lustrosa superficie. Y se sentó.

Al poco tiempo, se puso a jugar inocentemente, inmersa en un escrupuloso silencio. Volvió a levantar los ojos cuando sintió en el aire que algo había cambiado.

Ante ella se erigían, a cada lado del tablero, unas imponentes figuras.

Simétricamente opuestas, también eran de tonos contrarios. Las unas eran negras, las otras blancas.

Sin embargo, todas eran iguales. De un material pulido e impecable, estaban esculpidas en unas curvas perfectas, y carecían de rostro. Parecían congeladas en el tiempo.

La niña se levantó, sus ojos fijos en los mastodontes. Se alzó de puntillas, y finalmente decidió aventurarse en el espacio que separaba a las dos fuerzas la una de la otra.

Cada agrupación constaba de dos filas. Primero se alineaban unos simples peones. Tras ellos se protegían una fila de altas figuras, encuadrada por dos torres, seguidas de dos corceles, dos figuras con el rostro zanjado, y en medio, los más monumentales y solemnes, un Rey y una Reina.

La pequeña miraba de un lado al otro.

- ¿"Ustedes son los buenos?" Su voz sonó como un latigazo en el prolongado silencio, mientras su pequeño dedo señalaba inocentemente a las figuras blancas. Su pregunta quedó sin respuesta, suspensa en el aire, pero a la niña no le importó. Giró su cabeza al otro lado, dónde se hallaban las figuras negras.

- ¿"Y ustedes...? entonces ustedes son los malos."

Un súbito rozamiento resonó en el espacio. La pequeña se dio la vuelta, descubriendo que uno de los peones blancos se había adentrado de dos casillas en el pacífico margen del tablero. Al poco tiempo, un segundo peón, esta vez negro, se deslizó a su vez dos cuadrados en adelante, en un roce casi imperceptible.

Tras unos pocos movimientos más de las piezas, una de las figuras blancas con el rostro surcado se desplazó entonces en diagonal hasta la casilla donde aguardaba un peón negro. Apenas llegó hasta él que, en un movimiento seco, abatió estrepitosamente su yelmo sobre el cráneo del peón. Este se desplomó sin ruido.

La pequeña ahogó un grito, y se precipitó tras la figura blanca, que apartó bruscamente al peón del tablero.

Llegó al nivel del peón derribado, cuya armadura negra estaba ahora todo fracturada. Delicadamente, la niña retiró los fragmentos de la oscura coraza, dejando al descubierto el pálido rostro de un chico inmóvil.

Lo miró con profunda tristeza durante unos largos instantes.

Finalmente se levantó, y se dirigió al cuadrado vacío donde había caído el peón. Un tenue resplandor de color naranja persa emanaba de la casilla. Se acuclilló junto a la luz, y observó más atentamente una serie de imágenes que desfilaban, como a través de un velo, al otro lado de la superficie translúcida.

Contempló a un joven que le ofrecía a una anciana de rostro demacrado un cántaro lleno de agua, allí en las afueras de una destartada choza de piedra que se elevaba en un desierto de pedregales. Su oscuro pelo y sus pobladas cejas cobijaban una gran cantidad de arena, que se le pegaba a la piel. Pero entonces llegaban dos hombres, que lo arreaban y hostigaban al tiempo que lo alejaban de la choza. El chico gritaba e intentaba alcanzar la mano de la desesperada anciana.

La niña se giró hacia donde yacía el peón negro. Era el mismo chico.

Una torre blanca abordó la casilla donde se encontraba la pequeña, tapando la tenue luz naranja persa con su macizo pedestal. La niña acercó su palma a la pieza, y la posó contra la dura coraza blanca.

El miedo emanaba de la figura. Sí, allí debajo había una persona cegada por el temor.

Quitó su mano, y se quedó mirando a la torre blanca. Pero esta no se inmutó. Su armadura era de una indiferencia glacial.

En ese momento, se deslizó hacia delante, y derribó abruptamente a un corcel negro. Pero inmediatamente después, fue abatido sin miramientos por un peón negro.

La niña estaba mareada. Alrededor de ella, las piezas caían silenciosamente, en una batalla sin hostilidad, sin compasión, sin gritos.

Pero con cada nueva erradicación, no era sangre que caía, sino una centelleante gota de color, una chispa de recuerdos.

Resplandores azul cobalto, malaquita, amaranto, purpúreo, rosa coral, carmesí eléctrico, jazmín, índigo... Pescadores, campesinos, ciudadanos, comerciantes, jóvenes, ancianos. No veía a malos y a buenos. Veía a hombres y mujeres.

Sintió el horror que la sumergía. Su corazón palpitaba vertiginosamente.
Se acurrucó.

¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Segundos, minutos, horas, días?

La pequeña percibió una molesta sensación en sus pies, donde algo gélido y sólido le ejercía una leve fricción, que se iba fortaleciendo con cada instante que pasaba. La niña miró hacia abajo, y dejó escapar un grito de terror.

Allí dónde debían de estar sus pies, había un zócalo.

Se levantó precipitadamente, e intentó salir corriendo. Pero no podía mover sus piernas. Poco a poco, el pedestal trepaba y se enroscaba alrededor de su delgado cuerpo. Se estaba transformando en otra pieza más del tablero.

El pánico se apoderó de la pequeña. Intentó desprenderse del poderoso agarre de la coraza, que se extendía y se fortalecía. Pero sus esfuerzos eran vanos.

La desesperación la invadía. Gemía y gritaba, pero no le servía de nada. Finalmente, agotada, se sumió en un silencio de derrota. La armadura seguía ascendiendo, lentamente y firmemente, ciñéndola vigorosamente alrededor del cuello. Cerró sus ojos.

Había dos siluetas, la de una mujer de avanzada edad y un chico de oscura melena. El peón negro y la anciana de sus recuerdos. Mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, intentó ir a alcanzarles, pero estaba inmovilizada.

"Domina tu miedo..." La voz del joven le llegó como un susurro. Ella asintió, reprimiendo sus lágrimas.

La anciana avanzó hasta ella; su mirada era serena y cariñosa. Esbozó una sonrisa, y apoyó su mano contra un cristal invisible que las separaba.

La pequeña inspiró con calma, dejando que su miedo se ahogara en la quietud que le inspiraba la anciana. Expiró, y todo el temor que tenía comprimido pareció salir de su cuerpo. Ya no tenía miedo. Apoyó su mano contra la de la anciana.

Hubo una explosión. Y todo estalló en mil pedazos.

La chica abrió los ojos. Estaba tumbada en el suelo. A su alrededor, miles de fragmentos de piedra negra y blanca flotaban en el aire.

Se miró el cuerpo. Era su cuerpo. Sin ninguna coraza que la aprisionara. Sonrió.

A unos pocos pasos de ella, unas luces de todos los colores brillaban y subían, hacia su libertad.

Se levantó, y les susurró a los pedazos de coraza blancos y negros:
"Jaque Mate"

Obra: Damero, 2011. Óleo sobre lino, 120x120 cm

Autora del cuadro: Isabel LLarena Reino

Seudónimo: Tamara de Naecy

Liceo Francés de Gran Canaria

1º de Bachillerato

Liceo Francés de Gran Canaria

Carretera de Taliarte s/n. Melenara (Telde) 35214

Liceofrances.gc@mlfmonde.org

Las Palmas

Teléfono del Centro Educativo: 928576091. Teléfono de contacto: 610979104

- 1) "El damero y la niña": Tamara de Naegy. (Clara Precheur LLarena)
- 2) " Quiero ser... Matilde Urrutia (Marta Gutiérrez Pérez)

Profesora responsable: Blanca Perera Carballo (Directora de Estudios Españoles)